

NEW LEFT REVIEW 114

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

EDITORIAL

DYLAN RILEY ¿Qué es Trump? 7

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON El texto perdido 37

RAYMOND WILLIAMS El futuro del marxismo 57

ALEXANDER CLAPP Las dos caras de Atenas 72

CARLOS SPOERHASE *Rankings* estéticos 107

NUEVAS MASAS

ARRUZZA, FRASER &
BHATTACHARYA Manifiesto feminista 123

CRÍTICA

CATHERINE SAMARY Un utópico en los Balcanes 147

TONY WOOD Senderos mesoamericanos 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

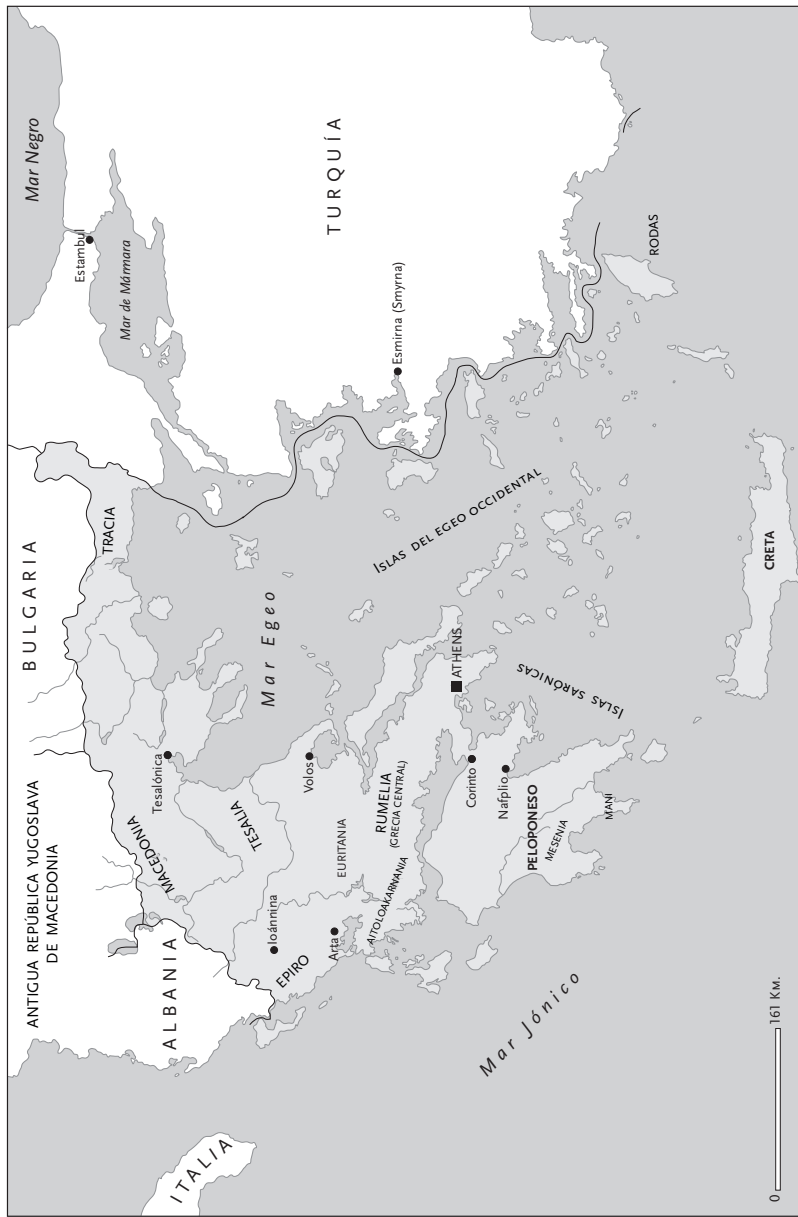
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Mapa de Grecia



LAS DOS CARAS DE ATENAS

LA CAPITAL MÁS meridional de Europa continental, Atenas, es una implacable extensión de hormigón de aproximadamente veinticinco kilómetros de anchura y hogar de cuatro millones de griegos y al menos medio millón de migrantes y refugiados. Siendo balcánica, no es eslava. Siendo de Oriente Próximo, no es musulmana. Y siendo europea, no puede decirse que sea occidental. Su antigua ciudadanía decía haber emergido del polvo mismo de la llanura ática; sus modernos habitantes provienen en su mayor parte de otros lugares. Huyeron no solo de las montañas y de las cadenas de islas que componen la Grecia actual, sino de la Grecia de los dos continentes y los cinco mares que un día constituyó el gran proyecto nacional helénico. Atenas es el epitafio de aquel proyecto, su culminación en desastre. Si bien no es «antigua» de la misma manera en que lo son Roma o Estambul, donde la historia fluye ininterrumpidamente a través de los siglos, el curso histórico de Atenas está más cerca del de Rangún, que durante siglos no fue más que un soñoliento pueblo de pescadores con un pasado histórico y una pagoda imponente. Como centros de la morada helénica, Alejandría y Trebisonda eran más grandes que Atenas hasta 1880; Esmirna, hasta 1900; y Constantinopla y Tesalónica, hasta 1920. A día de hoy, en gran contraste con Roma, solo quedan en pie en Atenas algunos edificios dispersos del siglo XVIII. Casi uno de cada dos ciudadanos griegos vive en la capital, una proporción tan elevada que dentro de Europa el único ejemplo comparable es el de Reikiavik. Atenas es, con diferencia, la ciudad más poblada de los Balcanes y contiene casi tanta población como Albania y Macedonia juntas.

Sin embargo, para muchos forasteros, la Atenas moderna nunca ha dejado de ser una nota a pie de página dentro de la historia de la antigua Grecia. Los cinco millones de extranjeros que visitan la ciudad cada año acuden en gran medida inspirados por una noción de la Atenas de Pericles, repleta de poetas y oradores, dioses y diosas. Esta esquirola de la historia de la ciudad, en total media docena de décadas, fue colocada sobre un pedestal y dejada fermentar durante dos milenios en las mentes del bárbaro Norte. Cientos de historias populares y académicas someten este fragmento de tiempo a una revisión anual, mientras las historias de la Atenas moderna son para el lector no griego escasas y esporádicas.

La Atenas actual es ante todo un producto de la Guerra Fría, durante la cual fue modernizada y, al mismo tiempo, dotada de un aspecto visiblemente más clásico. En las décadas que siguieron al final de la Guerra Civil griega, la mayor parte de la ciudad previa a 1949 se desvaneció, devorada por dos procesos simultáneos. En primer lugar, la atropellada y caótica construcción de una enorme conurbación de clase media, resultado de un maníaco *boom* de la construcción, que encerraba, al tiempo que semi-proletarizaba y semiaburguesaba, a una enorme masa de campesinos dentro de una capital, que acababa de librar una guerra contra muchos de ellos. La urbanización ateniense era única en la región de los Balcanes: rigurosamente anticomunista, realizada casi exclusivamente a través de transacciones privadas y en menos del 5 por 100 mediante financiación estatal. Al menos una cuarta parte de las nuevas viviendas fueron construidas ilegalmente o sin autorización. Esta es la megalópolis entrevista desde la ventana del avión: una superficie anónima y gris sin espacio público, marcada con grafitis, que se extiende a lo largo de la cuenca ática como una dentada masa de hormigón.

Simultáneamente, entraba en escena otra Atenas diferente. Alrededor mismo de la Acrópolis, la ciudad de Pericles surgió de la tierra. Con financiación proveniente de las fundaciones Ford y Rockefeller y, más tarde, del Plan Marshall, los arqueólogos estadounidenses comercializaron la autenticidad cultural de Grecia en un momento en que, debido al prestigio cultural soviético, se hacía cada vez más importante demostrar que la democracia se había originado en un Estado miembro de la OTAN. Así, la exaltación de la antigüedad griega se convirtió en un imperativo geopolítico. De ahí surge la Atenas inventada para los forasteros, que la mayoría de los extranjeros toma por la ciudad «real»: un parque temático arqueológico que va eliminando constantemente los últimos barrios que

quedan de la Atenas turca o neoclásica. Aislada de las existencias vividas, es un trasiego de autobuses turísticos de dos pisos y tiendas de baratijas, que venden botellas de ouzo en forma de templo de Atenea.

Bávaros en palacio

Los partisanos antiotomanos que lucharon por un Estado-nación griego en la década de 1820 bajo el liderazgo de Filiki Etairia encarnaban una amalgama de intereses, que abarcaban miles de kilómetros de tierras de habla griega. Los caudillos de las montañas del Peloponeso y los rumelios libraron la guerra sobre el terreno. Los capitanes de las islas Saronicas y del Egeo oriental prestaron apoyo naval. Los comerciantes griegos de Odesa y Viena ofrecieron asistencia financiera o intelectual a la revolución. Pero fueron las grandes potencias las que dictaminaron la estatalidad griega en la Conferencia de Londres de 1832, ordenando a los otomanos que cedieran el territorio al sur de una línea imaginaria entre Arta y Volos, a cambio de 40 millones de piastras. La corona griega fue a parar a un principillo de 17 años de la casa de Wittelsbach, de nombre Otto. Elevado sobre las disputas entre las facciones griegas que se enfrentaban entre sí antes de la independencia, la tarea del rey Otto consistía en actuar como rompeolas contra ellas, frustrando sus ambiciones de expansión territorial. Su padre, Luis I de Baviera, fue un financiador filohelénico de la independencia que llenaba Múnich de fachadas clásicas.

Por aquel entonces, Atenas era uno de los asentamientos más pequeños de lo que había sido la Europa otomana. El Pireo, su puerto, era un grupo de cabañas de nombre desconocido. Un camino de tierra serpenteaba hacia Atenas a través de olivares repletos de bandidos. El resto de Grecia era apenas accesible por carretera la mitad del año. En 1787, para proteger la ciudad y sus campos adyacentes del bandidaje, el gobernador turco Hadji Ali Haseki había mandado levantar fortificaciones de adobe, más o menos allí donde las largas murallas de Temístocles habían antaño rechazado a los espartanos. En su interior, un crisol de gentes –griegos, gitanos, turcos, esclavos sudaneses y hablantes ortodoxos de un dialecto albaniano llamado *arvanitika*– se agrupaban en treinta y seis barrios. Eran pocas las casas que tenían cimientos de piedra. Polvorientas en verano y embarradas en invierno, las calles apenas medían cuatro metros de ancho y no tenían nombre. «No hay libros, ni lámparas, ni ventanas, ni carruajes, ni periódicos, ni oficina de correos», según observara un

antiguo director de la Harrow School, Christopher Wordsworth, poco antes de ser apuñalado en el cuello por bandidos en el monte Parnitha¹.

La Atenas clásica permanecía en su mayor parte sumergida debajo de la aldea. En la ladera sur de la Acrópolis, un par de antiguos teatros habían sido despojados de su mármol. Sobre una de las pocas columnas verticales del templo de Zeus Olímpico, un monje estilita recogía fruta tirando de una cuerda, mientras declaraba no haber tocado el suelo desde el siglo anterior. Dispersas bajo la ladera occidental de la Acrópolis, donde vivían la mayor parte de los atenienses, palmeras y minarettes, «coronados con grandes nidos de cigüeña», se extendían sobre una aldea-bazar². Una lonja de pescado «remendada con tablas y yeso» se extendía a través de los pasillos de lo que una vez fuera la biblioteca del emperador Adriano, ahora llena de camellos³. Sobre la ciudad, en la Acrópolis, tres milenios de historia convergían. Fortificaciones erigidas originalmente por reyes de la Edad del Bronce se llenaron de cañones otomanos. El Erecteion era un harén. El Partenón, un camaleón arqueológico, con marcas que daban fe de su trayectoria como basílica, catedral, torre del homenaje, arsenal, seminario para niñas vírgenes y finalmente mezquita, todavía custodiada por una guarnición turca.

«Esto no es Atenas», declaró Ludwig Ross, un estudioso de Aristófanes oriundo de Sajonia, a quien los consejeros del rey Otto habían encargado purgar todas las huellas francas y otomanas de la ciudad. «Esto es una acumulación de ruinas especialmente horrible, una masa amorfa, uniforme, entre gris y verde, de polvo y cenizas»⁴. Pero la escala de la visible degeneración de Atenas venía acompañada de una ventaja política. Por latente que estuviera su resonancia cultural entre los extranjeros, para los griegos, que habían librado la Guerra de la independencia, Atenas carecía de importancia estratégica. En sus mentes ocupaban un lugar preferente Corinto, el eje geográfico del continente, y Nauplia, el puerto más grande del Peloponeso. La declaración de Atenas como capital fue un signo temprano de que los griegos iban a tener poco que decir sobre la dirección del Estado. «Solo los extranjeros pueden enseñar la civilización en toda su plenitud», declaraba Georg Ludwig von Maurer, un profesor de Derecho oriundo del Palatinado Electoral del Rin que llegó

¹ Christopher Wordsworth, *Athens and Attica*, Londres, 1836, pp. 246-247.

² François-René de Chateaubriand, *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, París, 1964.

³ Ch. Wordsworth, *Athens and Attica*, cit. pp. 246-247.

⁴ Ludwig Ross, *Erinnerungen und Mittheilungen aus Griechenland*, Berlín, 1863.

al reino recién inaugurado en 1833⁵. Atenas ofrecía un espacio despejado desde el que se podía imponer una monarquía absoluta y una nueva maquinaria administrativa. En términos legales el nuevo Estado sería prusiano y desde el punto de vista administrativo, napoleónico. Estaría dividido en doscientos cincuenta cantones, cada uno con un gobernador al frente, nombrado por Otto y transferido desde los diferentes rincones del reino, con el fin de quebrar el regionalismo. En lo militar, el Estado sería bávaro, con una compañía de tres mil quinientos fusileros alemanes a su servicio, que trajeron consigo una banda de percusión y corceles de las marismas de Mecklemburgo.

Durante la primera década posterior a la independencia llegaron a Grecia miles de europeos occidentales con la intención de restaurar los instrumentos de la cultura y la burocracia en la sede de su supuesto origen. Del Tirol vinieron arquitectos; de Prusia, abogados; de Suecia, expertos navales; de Malta, un escuadrón de verdugos profesionales; de Baviera, un cervecero de nombre Karl Fuchs, por no hablar de un pequeño ejército de arqueólogos aficionados. En un principio, las excavaciones le fueron encomendadas al ejército bávaro; la financiación para la Sociedad Arqueológica de Atenas provino de la venta de piedras de los edificios francos y otomanos desmantelados en la Acrópolis. «Los bávaros trataron a Grecia como si fuera un huerto familiar», decía un monje griego de la época⁶. Entre la camarilla de consejeros reales en torno a Otto, había muchos que habían sido figuras centrales durante la consolidación posnapoleónica de Baviera media generación atrás; todos eran súbditos de Luis, incluso mientras se hacían cargo del nuevo Estado. Un Senado consultivo y no remunerado ofrecía a los griegos un papel insustancial en la gestión de sus asuntos.

Ciudad cuartel

La nueva Atenas cumplía dos funciones. La primera era la de ser una cabeza de playa administrativa desde la que las grandes potencias podían supervisar el resto de Grecia, así como el colapso en curso del Imperio otomano, cuyo dominio comenzaba a 160 kilómetros al norte de la

⁵ Georg Ludwig von Maurer, *Griechische Volk II*, Heidelberg, 1835, pp. 39-40.

⁶ N. T. Voulgares, *To Vasileion tis Ellados kai i elliniki olomeleia*, Kerkyra, 1862, p. 81, citado en Elena Bastea, *The Creation of Modern Athens*, Cambridge, 1999, p. 19; Mark Mazower, «Archaeology, nationalism and the land in modern Greece», en Dimitris Damaskos y Dimitris Plantzos (eds.), *A Singular Antiquity*, Atenas, 2008, p. 33.

ciudad. Atenas era el vehículo por el que el bajalato en descomposición que era el resto de Grecia sería transformado en un Estado europeo. Los primeros diez años de existencia del nuevo Estado transcurrieron en una pugna por sofocar una serie de rebeliones regionales, con levantamientos en Maina, Mesenia, Etolia-Acarmania y en las islas de Spetses e Hydra, que fueron derrotados por las tropas bávaras. La Conferencia de Londres había garantizado a las grandes potencias el derecho a estacionar tropas en el reino a voluntad. Cada potencia canalizaba sus intereses a través de un «partido» que controlaba de manera oficiosa dentro de la capital, que a su vez era administrada por funcionarios o militares bávaros. La sobresaturación de intereses convertiría a Atenas de forma recurrente en escenario de disputas internacionales de alcance más amplio. Para los británicos y los franceses, el instrumento adicional del control era el puerto de El Pireo, que a lo largo del siglo XIX fue objeto de bloqueos navales en seis ocasiones distintas⁷. Aún no se habían devuelto los 60 millones de francos que el Estado griego había heredado al nacer cuando en 1893 una avalancha de nuevos préstamos y deuda impagada llevó a las potencias occidentales a hacerse cargo directamente de la recaudación de impuestos en Grecia; durante el periodo de intervención, un ejército sin jurisdicción fuera del reino engullía hasta la mitad de los recursos del Estado⁸.

La segunda función de la nueva Atenas consistía en modernizar a los griegos por la vía de rehelenizarlos. Alrededor de la Acrópolis, un plan arquitectónico diseñado por el bávaro Leo von Klenze otorgaba un lugar privilegiado a todos los monumentos antiguos, que a su vez eran rodeados por las instituciones de la modernidad burocrática. El rey Otto se consideraba a sí mismo Pericles renacido, mientras supervisaba un programa de construcción financiado mediante una combinación de préstamos extranjeros y donaciones, cortesía de los comerciantes griegos de Alejandría, Epiro y Odesa. En 1836 se construyó una casa de la moneda, seguida de una imprenta, un hospital militar, un observatorio para cartografiar la costa griega y una clínica de oftalmología para lidiar con el famoso polvo de la ciudad. Se demolieron setenta y dos iglesias bizantinas para extraer piedras para la sede del obispo metropolitano que amputaba Atenas del Patriarcado de Constantinopla, todavía bajo

⁷ John Anthony Petropoulos, *Politics and Statecraft in the Kingdom of Greece: 1833-1843*, Princeton (NJ), 1968, p. 439.

⁸ Kostas Kostis, *History's Spoiled Children: The Story of Modern Greece*, Nueva York, 2018, p. 123.

el control del sultán después de 1833. Una trilogía de instituciones de mármol –la Academia, la Universidad y la Biblioteca Nacional, diseñada por los hermanos daneses Theophil y Christian Hansen– se proponía devolver a Atenas la grandeza intelectual.

Armados con la *Descripción de Grecia* de Pausanias, los cartógrafos alemanes cambiaron los topónimos albaneses de las aldeas áticas por los de los *demes* (distritos) clásicos. Las calles atenienses adoptaron los nombres de los dioses y héroes antiguos. Una vez despejados del barro acumulado durante siglos, el agua volvió a correr por los acueductos que el emperador Adriano había conectado a la ciudad desde los depósitos situados en la cima del Licabeto, cuyo pico de granito había sido saqueado para proveer a la nueva construcción de las mansiones neoclásicas situadas al norte de la Acrópolis. Por ley, las nuevas casas deberían construirse con al menos dos pisos y ventanas de vidrio. Los planos arquitectónicos venían de Múnich, pero la verdadera procedencia de la nueva arquitectura ateniense era la propia Atenas: aventurándose en Ática en la década de 1740, los arquitectos británicos James Stuart y Nicholas Revett habían regresado con bocetos de sus ruinas, que impulsaron un *revival* griego en toda Europa. Los restos del bazar turco fueron demolidos para dejar paso a un trío de calles –Aiolou, Athinas y Ermou– que orientaban el tráfico peatonal desde la plaza Omonia, en el oeste, hasta el nuevo palacio de Otto, hoy edificio del parlamento, en la plaza Syntagma. «Todos los extranjeros muestran su sorpresa ante el gran progreso que se ha logrado en un tiempo tan breve», informaba a Múnich la dama de honor de la reina Amalia⁹.

¿De vuelta a Bizancio?

Pero antes de que la Atenas bávara pudiera aplastar los viejos caldos de cultivo del descontento, la dirección del poder en Grecia fue remodelada. En septiembre de 1843 los veteranos griegos de la revolución presionaron con éxito a Otto para que concediera una constitución, rodeando su palacio con cañones. Durante el año siguiente, los bávaros fueron expulsados del ejército y la influencia de los consejeros regentes sobre el rey fue casi erradicada. (En 1863 las grandes potencias reemplazarían al propio Otto por un príncipe danés, Guillermo de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg, que cambiaría diligentemente su nombre

⁹ Citado en John Freely, *Strolling Through Athens*, Nueva York, 2004, p. 262.

a Jorge I, rey de los helenos). Bajo la apariencia de un levantamiento popular, los líderes militares y los políticos notables, a menudo descendientes de familias griegas adineradas provenientes de los extremos más lejanos del Imperio otomano, se afianzaron en Atenas y comenzaron a servirse de su posición para presionar y ganar influencia sobre la política nacional¹⁰. Paradójicamente, la recuperación de la «grandeza» clásica, que los bávaros habían alimentado cuidadosamente, ayudó a impulsar el proyecto irredentista que llegó a conocerse como *Mégáli Idéa* [«La gran idea»], nacida en parte de los estrechos confines del Reino de Grecia acordados en la Conferencia de Londres, que se reducían al Peloponeso y Rumelia. La gran mayoría de los grecoparlantes seguían bajo gobierno otomano. Incluso mientras Atenas pugnaba por controlar el escaso territorio bajo su jurisdicción, la generación que se hizo cargo del Estado después de 1843 puso todo su empeño en la expansión territorial, abriendo un proceso que duraría un siglo y que supondría la continua reinyección de la política de clanes otomana en la escena política de Atenas. El mundo perdido que pretendían recobrar era Bizancio: un imperio ortodoxo reconstituido compuesto por las comunidades grecoparlantes, que se extendería desde Chipre hasta Macedonia, el Egeo y el Cáucaso, Epiro y Trebisonda, y donde Constantinopla desplazaría a Atenas como capital de todos los griegos. Las grandes potencias, Londres en particular, tan pronto veían con buenos ojos este proyecto como lo rechazaban, de acuerdo con sus intereses cambiantes.

Los bávaros habían construido en Atenas una administración sobredimensionada desvinculada política y económicamente del resto del reino. Brechas similares entre el campo y la ciudad podían observarse por todos los Balcanes. Pero en Grecia el fenómeno se radicalizaba por el hecho de que la rehabilitación de la Atenas clásica no significaba mucho para la gran mayoría de los griegos, a los que les venía impuesta. Cuantas más aspiraciones europeas tenía Atenas, más tercamente otomanas parecían las áreas rurales a su lado, que, por su parte, planteaban problemas al intento del gobierno de hacerse con el monopolio de la violencia. En el momento de la independencia y luego de forma más acusada, el bandolerismo se había convertido en una fuerza social, que

¹⁰ Alexandros Mavrokordatos, hijo acomodado de una familia greco-fanariota de Constantinopla, líder del partido «inglés» y amigo de los Shelley, en su juventud había representado al sultán en Bucarest, como *hospodar* de las provincias del Danubio. Ioannis Kolettis, médico valaco procedente de Epiro, había servido en la corte de Ali Pasha en Ioánina. Yiannis Makrigiannis fue un líder militar rumelio.

a menudo era la única forma de introducir liquidez en las zonas rurales. A través de innumerables baladas, la mente campesina daba vida a los bandidos como héroes populares, bandidos que eran a un tiempo una fuente paralela de conciencia nacional para Grecia y una plaga contra la que Atenas había sido armada a fin de erradicarla. En la plaza de Ares, las autoridades expusieron para la observación pública varios cráneos de *klephts* capturados. Atravesando fronteras, el bandidaje desafiaba la idea misma de estatalidad. Para los bandidos, tanto Grecia como el Imperio otomano representaban sistemas que ofrecían un botín para la redistribución material y en más de una ocasión los bandoleros desencadenaron nuevos conflictos armados entre ambos.

Una forma de apaciguar a los campesinos era invitarlos a la propia Atenas. El problema era que la ciudad tenía poco que ofrecerles una vez llegaban. «Esta capital por accidente carece de raíces en la tierra. Al carecer de caminos, no comunica con el resto del país. Al carecer de industria, no envía ningún producto al continente», escribía Edmond About, un visitante francés, en 1852¹¹. En 1850 tan solo 168 kilómetros de carretera conectaban Atenas con el resto de Grecia. En cuanto a la industria, en una fecha tan tardía como 1875 había solo noventa y cinco pequeñas fábricas en la ciudad, que daban trabajo a siete mil obreros; Atenas estaba por detrás de la mayoría de las ciudades balcánicas, así como de muchas otras ciudades griegas¹². Los campesinos transferidos a la ciudad también amenazaban con extender los desórdenes a la única parte del Estado que tenía intención de erradicarlos. En cambio, el crecimiento de Atenas venía impulsado por dos factores determinantes. El primero era la educación, alimentada por el capital de la diáspora: en 1870, las diez mayores donaciones al sistema universitario de Atenas por parte de griegos de ultramar sobrepasaron la totalidad del presupuesto público dedicado a la educación¹³.

El segundo factor era la función pública, que por la misma fecha empleaba a siete veces el número de funcionarios per cápita de los que había en el Reino Unido. Los funcionarios de la Administración y el personal doméstico excedían el número de mercaderes, vendedores

¹¹ Edmond About, *La Grèce contemporaine*, París, 1854, pp. 162-163.

¹² Constantine Dimoulas y Vassilis Fouskas, *Greece, Financialization and the EU*, Nueva York, 2013, p. 66.

¹³ Nicos Mouzelis, *Politics in the Semi-Periphery: Early Parliamentarianism and Late Industrialization in the Balkans and Latin America*, Nueva York, 1986, p. 145.

ambulantes y artesanos de la ciudad tomados en su conjunto¹⁴. Esta era la Atenas que, a ojos del arqueólogo francés Adolphe Reinach, «consistía en innumerables grupos de gentes que no pertenecen a una clase social determinada y que pasan su tiempo intrigando contra el gobierno o esperando a que les caiga del cielo algún puesto público»¹⁵.

El desarrollo de las infraestructuras adquirió un cierto ritmo en las décadas finales del siglo XIX, a la vez que la expansión nacional: las islas Jónicas, cedidas por Gran Bretaña en 1864, o la región de Tesalia, que Atenas recibió en 1881 después de la Guerra ruso-turca. Bajo los siete mandatos del primer ministro Charilaos Trikoupis, un modernizador que gobernó el país entre 1875 y 1895, una serie de préstamos internacionales respaldaron los contratos de construcción de empresas extranjeras. Los belgas construyeron tranvías; los ingenieros británicos modernizaron el sistema de suministro de agua y conectaron Atenas con El Pireo por ferrocarril; los franceses excavaron el canal de Corinto en 1882, poniendo a Atenas a cuatro días en barco de Londres y haciendo de El Pireo el primer puerto de Grecia. En 1893, la red nacional de carreteras se había cuadruplicado. El momento culminante llegó en 1896, con la recuperación de los Juegos Olímpicos. El sinecismo de Atenas comienza verdaderamente por entonces. El subdesarrollo griego fue durante mucho tiempo exacerbado por el hecho de que la formidable clase mercantil grecoparlante estaba ausente del propio reino. Los armadores griegos, que constituían tal vez la fuerza económica más dinámica del Mediterráneo, habían logrado su prosperidad recorriendo las rutas que van desde Levante hasta el Mar Negro. No fue hasta finales del siglo XIX que la burguesía grecoparlante fue seducida para que se instalara en Grecia. Allí adquirió grandes propiedades en Tesalia, que contaba con algunas de las tierras de cultivo más ricas de los Balcanes.

De la hbris a la catástrofe

A su vez, el desarrollo dio lugar a dos nuevas fuerzas sociales y políticas que tendrían efectos determinantes en la trayectoria de la ciudad. La primera provenía de un ejército recientemente profesionalizado que,

¹⁴ Citado en *ibid.*, p. 17. Véase también Lila Leontidou, *The Mediterranean City in Transition*, Cambridge, 1990, p. 59.

¹⁵ Véase el libro escrito por su padre, Joseph Reinach, *Voyage en Orient*, París, 1879. Véase también, a modo de historia general de la Atenas moderna, Michael Llewellyn-Smith, *Athens: A Cultural and Literary History*, Oxford, 2004.

de forma cada vez más acusada, reclutaría a sus oficiales dentro de la clase media y se convertiría en una fuerza capaz de intervenir políticamente. La humillante derrota sufrida a manos de los otomanos en 1897 fortaleció el apoyo a la modernización militar, siguiendo el modelo de los Jóvenes turcos: oleadas de manifestaciones masivas frente al Palacio real, exigiendo acción para ayudar a los insurgentes griegos en la Creta bajo dominio otomano. Doce años después, como respuesta a un levantamiento de comerciantes descontentos que se extendió por Atenas y El Pireo, una serie de oficiales de grado medio orquestaron un golpe desde el barrio de Goudi. El hombre al que llamaron para que hiciera de puente hacia un nuevo orden político fue Eleftherios Venizelos, un abogado cretense que aunaba la bravuconería de los *klepht* con el cálculo del estadista. Era además un héroe del levantamiento cretense de 1897, que supuestamente había desafiado a las armadas de las grandes potencias para mantener la bandera griega ondeando en la isla.

El Partido Liberal de Venizelos, recién fundado, ganó una contundente mayoría parlamentaria en 1910. Dos años después llevaba al país a la Guerra de los Balcanes en pos de la Gran Idea. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Venizelos se puso del lado de la Entente, en contra del germanófilo Palacio real. Ambos bandos se movilizaron hasta provocar un «cisma nacional», que desembocó en una situación de poder dual con todas las consecuencias, hasta que los Aliados terminaron forzando la abdicación del rey Jorge. Grecia, con un ejército de trescientos mil hombres en el frente macedonio, pudo de esta forma contarse entre los vencedores de la guerra. Venizelos marchó a Versalles para representar al país, logrando ganancias territoriales a costa del Imperio otomano y de Bulgaria. Por primera vez, el reino parecía encaminado a culminar la Gran Idea. La conmoción que supuso el colapso del Imperio otomano brindó a Grecia una oportunidad de sacar partido de su ventaja militar. La buena voluntad de las potencias occidentales dio entender a Venizelos –erróneamente, según se vería– que en caso de derrota su país sería rescatado. La ofensiva hacia Anatolia terminó en desastre en los muelles de Esmirna, con una derrota aplastante del ejército griego, que fue expulsado de Asia. Venizelos, que había perdido las elecciones de 1920, regresó para negociar la mutua limpieza étnica greco-turca a gran escala, que sería legalizada a través del Tratado de Lausana. En el Gran Desastre de 1923, más de medio millón de musulmanes fueron expulsados de Grecia, y más de un millón de griegos ortodoxos tuvieron

que abandonar Turquía. De un día para otro, tres mil años de helenismo en Asia Menor fueron reconducidos a su supuesto lugar de origen.

Transportados a través del Egeo por una flota de acorazados Aliados, los refugiados de la derrota de 1923 se encontraron sin nada al llegar a Atenas. En bancarrota tras una década de guerra ininterrumpida, la ciudad era simplemente incapaz de asimilar un flujo de personas tan enorme que, en dos meses, había desbordado las zonas de matorrales en torno a la colina Filopappos y al golfo Sarónico, convertidas en una tierra de nadie plagada de chabolas. Atenas y El Pireo se unían ahora en una formación única que no se veía desde los tiempos del saqueo de Sila. Lejos de ser campesinos rurales pobres, muchos de los refugiados provenían de las zonas costeras, que durante varios miles de años habían sido las zonas más prósperas del mundo griego, la columna vertebral del mercantilismo otomano; antaño los sirvientes de estos refugiados habían sido turcos. En Atenas, de pronto se hallaron absolutamente desposeídos. Los refugiados aprovecharon las tiendas que dejó atrás el ejército del oriente, infestadas de piojos, que fueron gradualmente reemplazadas por precarias viviendas de adobe de dos pisos. A lo largo de las playas de El Pireo, excavaron asentamientos en la arena. El teatro central acogía a cientos de familias. Por primera vez desde la antigüedad, Atenas superó a Tesalónica en población. A lo largo y ancho de la ciudad, por las calles resonaban lenguas –hebras de griego antiguo, de turco, de armenio, de laz o de ruso–, que resultaban ininteligibles para los dialectos del continente. El tejido de alfombras, la cría de gusanos de seda y otras habilidades de la Anatolia llenaban ahora barrios enteros, cuyas calles mantienen hasta el día de hoy los nombres de aldeas del mar Negro y del Cáucaso. Cuarenta años después de su llegada, en el área costera de Kokkinia, donde se embutían treinta y tres mil refugiados, la antropóloga francesa Renée Hirschon descubrió cines que todavía proyectaban películas en turco¹⁶.

En los alrededores del palacio y hacia el norte, una ciudad diferente se estaba formando. Venizelos convirtió siete hectáreas de terreno en las pendientes bajo la Acrópolis, sobre lo que se creía que era la ciudad antigua, en la American School of Classical Studies, expulsando en el proceso a diez mil atenienses del último barrio anterior a la independencia que aún sobrevivía. Entretanto, los distritos de Patissia y Kypseli exigieron las tierras de pasto en torno a la colina Lykavittos, por su

¹⁶ Renée Hirschon, *Heirs of the Greek Catastrophe*, Nueva York, 1998, p. 28.

parte ya deforestada y reemplazada por el reducto burgués de Kolonaki. Estirándose «como una hetaira ofreciéndose a abril» –en palabras del poeta Kostas Karyotakis–, una frontera suburbana se extendía aún más allá, penetrando en el Ática, donde ya no crecían los olivares que antaño mantenían las órdenes monásticas, ni los pastos para ovejas pastoreados por nómadas del norte. La ciudad jardín de Filothei albergaba a los empleados del banco nacional. En las inmediaciones, Psychico, Kalogreza y Chalandri transfirieron a la nueva clase media ateniense a lo que era la primera área suburbana. El fracaso de la Gran Idea trajo consigo la pérdida de su visión: Atenas sería la capital permanente del Estado griego. En su mayor parte, la expansión de la ciudad después de 1923 fue poco atractiva y funcional; lejos de ser una extensión neoclásica de mármol, se levantó en hormigón sin pretensión alguna de extraer inspiración de su pasado.

Nacimiento de El Pireo rojo

Sin embargo, el impacto más decisivo de 1923 fue en última instancia de naturaleza política. Se creó una brecha entre Atenas, sede del Estado, y El Pireo, ahora hogar de una masa depauperada desconectada de todas las redes de patronazgo, que venían apuntalando el Estado desde la independencia y que solo esperaba organizarse. El beneficiario inmediato de esta nueva base electoral fue el propio Venizelos, en quien los refugiados no veían tanto al autor de sus infortunios como al hombre que los había salvado de sufrir un destino similar al de los armenios. En 1929 había puesto en marcha la legislación de reforma agraria más exhaustiva de la historia de los Balcanes, redistribuyendo más de 700.000 hectáreas de tierra entre 277.000 familias, política que cimentó su base electoral. Pero más inesperada fue la cosecha que recogió el Partido Comunista de Grecia (ΚΚΕ), fundado cinco años antes, que gradualmente iría transformando El Pireo en un cinturón rojo. Este fue el segundo gran desarrollo político del periodo. Una evolución de signo contrario a la del crecimiento del ejército, que sería su principal antagonista en las décadas venideras, durante la dictadura, la ocupación nazi y la guerra civil.

Tras el desastre de 1923, la Gran Idea no podía ya servir como propulsor del nacionalismo griego. Su lugar lo ocuparía el anticomunismo. Un año después de la catástrofe de Anatolia, las élites políticas atenienses se habían alineado por completo contra el ΚΚΕ, y habían hecho del ejército, que había dejado de ser el instrumento para la expansión exterior,

el custodio del orden interno. El arquitecto del Estado anticomunista fue Venizelos, que aprobó una ley que proscibía cualquier intento de socavar el orden existente, seguida de otra que garantizaba a los funcionarios públicos la permanencia en el cargo de por vida, lo cual, si en teoría ponía fin al clientelismo político, en la práctica dejaba al creciente movimiento comunista fuera de la estructura del Estado, llevando a sus miembros a la clandestinidad. Entretanto, más allá de Atenas, el bandolerismo había revivido, lo que suponía una humillación para un Estado que solo dos años antes había enviado a varios miles de soldados a adentrarse en tierras extranjeras. Las autoridades griegas eludirían este coletazo final del bandolerismo equiparándolo con la amenaza del comunismo, que hablaba en unos términos redistributivos que no eran del todo diferentes de los que empleaban los bandidos de las montañas (Hasta la década de 1980 las historias oficiales se referirían a la Guerra civil como la «Guerra de los bandoleros»).

En 1936, en medio de penurias económicas y disturbios generalizados, el ejército tomó el poder bajo el liderazgo del general monárquico Ioannis Metaxas. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, Metaxas ya había demolido la totalidad del sistema político. Tras enviar a Berlín a su mano derecha, Konstantinos Maniatakis, para que aprendiera los mejores métodos anticomunistas directamente de Himmler, acosó al movimiento comunista hasta lograr prácticamente su destrucción. En el terreno geopolítico, sin embargo, Metaxas siguió la tradición y viró hacia Londres, para luego contener una invasión italiana a través de Albania. Tal era la situación cuando las fuerzas alemanas invadieron el país en abril de 1941. Los británicos evacuaron al ejército griego a Egipto, junto con el rey y la élite política, dejando en la retaguardia a los civiles de izquierda para que lideraran la resistencia. Los oficiales nazis fueron alojados en el Hotel Grande Bretagne, enfrente del antiguo palacio de Otto. A excepción de Melos y Aegina, de las antiguas tierras de la corona tan solo Atenas quedó bajo control directo alemán, en una ocupación que fue tan devastadora como cualquier otra en Europa: una media de dos mil atenienses murieron cada día durante el invierno de 1942, cuando los nazis ordenaron fusilamientos masivos como castigo colectivo por actos de resistencia.

Si bien es cierto que la resistencia estaba predominantemente asentada en las montañas, tenía importantes bases alrededor de Atenas, en los pliegues del monte Hymettos, en las calles de Kaisariani, en los barrios

de Nikaia y Drapetsona situados en la zona de El Pireo. El 24 de febrero de 1943, una protesta masiva contra la conscripción laboral terminó en choques sangrientos con las fuerzas de ocupación en torno a la plaza Syntagma, obligando a las autoridades alemanas a abandonar su plan. Si el Ejército de Liberación Popular Griego –ELAS, por sus iniciales en griego– constituyó el ala más exitosa de la resistencia, ello no se debió únicamente a que las décadas de represión le habían enseñado al Partido Comunista las lecciones del trabajo clandestino, sino también a que el KKE había establecido más allá de Atenas una red que era directamente responsable ante los campesinos, y que trataba de aproximar el Estado a estos. Al final del periodo de ocupación, el ELAS había logrado hacerse con el control de la casi totalidad del área continental y había establecido un Estado en las montañas con sede en Euritania, donde celebró elecciones en abril de 1944, las primeras en las que las mujeres griegas votaron¹⁷. Este era el Estado que Atenas nunca había construido.

En el momento de la retirada nazi, acaecida el 12 de octubre de 1944, la capital misma estaba a punto de ser absorbida por el ELAS, cuyo territorio incluía la mayor parte de El Pireo y llegaba hasta pocos kilómetros de la plaza Syntagma. «Combatimos en la resistencia desde las montañas», según me confesó en su casa de Neo Psychiko Manolis Glezos, el joven partisano que, un mes después del comienzo de la ocupación alemana, había escalado la Acrópolis al atardecer para arriar la bandera con la esvástica. «Y aquí –en Atenas– era donde más realista parecía la victoria en el conflicto por venir». Glezos recordaba el intento de la guerrilla de tomar el propio Hotel Grande Bretagne¹⁸. Ciertamente, el ELAS contaba

¹⁷ «Por vez primera algo parecido a unos servicios públicos empezaron a funcionar en las montañas», según observó un oficial británico de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, en sus siglas en inglés) que fue lanzado en paracaídas al Epiro en el otoño de 1942: C. M. Woodhouse, *The Struggle for Greece*, Chicago, 2002, p. xxi.

¹⁸ «Hacia mediados de diciembre decidimos acabar con el general Scobie, junto con el resto del mando militar inglés, en el Hotel Grande Bretagne. Estábamos muy organizados. Uno de nuestros equipos descendió a los túneles de las alcantarillas cerca de Metaxourgeio, no lejos de la iglesia del Profeta Daniel. Otro equipo se desplegó por las calles portando mantas, que fueron extendidas con cuidado sobre todas las bocas de alcantarilla en el tramo que llevaba hasta el Grande Bretagne. El objetivo era que los soldados ingleses que patrullaban por la zona no se percataran de nuestra presencia, correteando por ahí abajo. Entonces el primer grupo – estos eran los verdaderos *palikars*, especialmente seleccionados de entre miles de candidatos– avanzó en fila india hacia el sótano del Grande Bretagne llevando, además de los cartuchos de dinamita, sacos de arena para controlar la explosión. Solo queríamos destrozarse el hotel, nada más. Yo era el encargado de llevar el cable que la desencadenaría. Son cosas que uno no puede imaginar hasta el momento en que las hace. Por todas partes torrentes de mierda caían sobre nuestras gorras. Pero

con suficiente fuerza en términos de soldados –unos 50.000 combatientes armados dentro de la zona del Ática– y armamento como para hacerse con el control de la ciudad en el intervalo de tiempo anterior a la llegada de los británicos el 18 de octubre. Pero los dirigentes del ΚΚΕ habían recibido instrucciones de un enviado soviético de cooperar con los británicos, en línea con los «porcentajes» de las esferas de influencia que Churchill y Stalin habían acordado semanas antes en la Conferencia de Moscú: Grecia caería del lado de Gran Bretaña; Rumanía, del de la Unión Soviética, y Yugoslavia se compartiría al 50 por 100.

Para Churchill, la prioridad era aplastar a los comunistas y restaurar la monarquía. Tras considerar a Atenas «una ciudad capturada», solicitó una fuerza mixta de 20.000 soldados para recuperarla¹⁹. Sus oficiales incorporaron a antiguos colaboracionistas del batallón de seguridad de los nazis y rearmaron a asistentes locales de las SS. El 3 de diciembre de 1944, la policía griega bajo supervisión británica disparó contra una manifestación del ELAS en la plaza Syntagma, lo que dio lugar a batallas callejeras por toda la ciudad durante los días que siguieron. De nuevo alojados en el Grande Bretagne, los británicos vieron en aquellos disturbios las escaramuzas iniciales de la Guerra Fría en ciernes. Sus fuerzas comenzaron a eliminar sistemáticamente a la resistencia de la ciudad, situando nidos de francotiradores en la Acrópolis mientras contingentes de aviones Spitfire ametrallaban las áreas suburbanas septentrionales. En buena parte de Atenas, los frentes adoptaron los contornos de las divisiones de clase de un barrio a otro: si las zonas de clase trabajadora eran defendidas por el ELAS, los bastiones burgueses daban la bienvenida a los soldados británicos.

A principios de 1945, los británicos habían reinstalado en el poder en Atenas a la élite de preguerra; una precaria tregua, negociada entre la capital y el campo circundante en manos comunistas, se mantuvo en vigor hasta el año siguiente, cuando estallaron de nuevo las hostilidades a gran escala. Fueron los estadounidenses los que insistieron en

de alguna forma lo conseguimos. De vuelta en Metaxourgeio, un grupo de mujeres aguardaban nuestro regreso. Nos desnudaron, nos lavaron y nos dieron ropa limpia. Todavía no había salido yo de la alcantarilla, cuando llegó un mensaje del Partido: Churchill estaba de camino hacia Atenas. Matar a uno de los tres hombres principales que habían resistido a los alemanes solo podía perjudicar nuestra causa. De modo que la misión se suspendió». Entrevista personal, Atenas, 30 de abril de 2018.

¹⁹ Véase Mark Mazower, «Policing the Anti-Communist State in Greece, 1922-1974», en M. Mazower (ed.), *The Policing of Politics in the Twentieth Century: Historical Perspectives*, Oxford, 1997.

que la reconstrucción económica solo sería viable si se imposibilitaba el regreso del comunismo. Henry Grady, quien supervisó las elecciones griegas durante la Guerra Civil después de dirigir la naviera American President Lines, explicó ante la ONU que Atenas necesitaba «hacer buenos griegos de antiguos bandidos»; cualquier indulgencia con respecto a estos últimos daría credibilidad a la especulación de que la rebelión del ΚΚΕ «reflejaba una insatisfacción política y económica sentida por un gran número de griegos y que no se trataba simplemente de un intento comunista de tomar el poder»²⁰. En un extraño regreso a la década de 1830, un séquito de occidentales regresó a la ciudad para dirigir el Estado, que de nuevo volvía a ser una cabeza de puente dentro de la península balcánica, ahora rodeada en toda su frontera norte por el comunismo.

Un general monárquico, Marshal Papagos, liberado de su reclusión en el Tirolo por fuerzas estadounidenses en 1945, fue puesto al frente de las fuerzas nacionales y libró la Guerra Civil hasta el final desde su puesto de mando en Atenas, ciudad donde hoy día un barrio lleva su nombre. En una fecha tan tardía como 1948 seguía siendo imposible viajar más allá de 30 kilómetros desde la ciudad sin escolta militar²¹. Al sur de la capital, el gobierno monárquico rehabilitaba compañías de colaboracionistas –los batallones *chi*, al mando de Georgios Grivas–, que soltaban en el Peloponeso para que acabaran con la resistencia comunista. Al norte, en Epiro, los bombarderos en picado estadounidenses y el napalm ayudaron a Papagos a terminar con los últimos restos del Ejército Democrático en el paso de Konitsa. Miles de comunistas fueron enviados a campos de detención para su reeducación ideológica. La Ley 509 exigía la confirmación de lealtad política para obtener no solo un empleo en el sector público, sino cualquier cosa, desde una cita médica hasta un permiso de conducir.

Plan Marshall

Tras haber sufrido hambrunas devastadoras durante la ocupación alemana, durante la Guerra Civil Atenas sufrió en cambio menos que el resto del Estado. Tras la conclusión de la guerra, las zonas rurales del país eran un espacio devastado con cinco mil pueblos destruidos, de los cuales uno de cada tres era inhabitable. Kostas Kotzias, un antiguo subordinado de Metaxas, regresó de Estados Unidos para retomar sus funciones como

²⁰ Citado en Howard Jones, *A New Kind of War*, Nueva York, 1989, p. 231.

²¹ Barry Machado, *In Search of a Usable Past: The Marshall Plan and Postwar Construction Today*, Lexington (VA), 2007, p. 63.

alcalde de una Atenas que ahora se dividía en treinta y cinco municipalidades, en un intento por diluir el poder de una ciudad que había estado a punto de caer en manos comunistas. Restaurados en su condición de custodios del orden político, el ejército y la policía patrullaban alrededor de la capital en camiones con altavoces que emitían estridentes canciones patrióticas. El Plan Marshall aportó a Atenas 175 millones de dólares en fondos de ayuda cada año, una suma que en aquel momento era la más alta per cápita asignada por Washington a cualquier otro país. Un nuevo sistema de autopistas puso cada prefectura a una distancia de un día desde Atenas y el sistema nacional de autobuses terminó con el aislamiento del campo. La electricidad llegó a los pueblos; los altavoces que se instalaron en las plazas centrales retransmitían contenidos patrióticos.

Atenas era el campo de pruebas perfecto para los planificadores del Plan Marshall, que luego se incorporarían a destinos cruciales en otros teatros de la Guerra Fría. James van Fleet, asesor militar estadounidense, supervisaría el bombardeo con bombas incendiarias en la península de Corea, después de perfeccionar la táctica en las montañas Pindo. El embajador estadounidense, John Peurifoy, orquestaría luego el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala. Peurifoy insistía en que se implantara en Grecia un nuevo sistema electoral, a todas luces poco representativo, y amenazaba con cortar la ayuda si no se cumplían sus exigencias. En las elecciones de 1952 el partido de Papago, Concentración Griega, se llevó las cuatro quintas partes de los escaños, con una abstención superior al 50 por 100. Al hacer depender los regímenes derechistas de posguerra de la ayuda exterior para aumentar su base electoral, Estados Unidos sustituyó la intervención militar directa por el dinero como la principal fuente de influencia en el Estado griego. El capital disponible facilitaba la compra no tanto de elecciones como de la propia Administración del Estado a través de contrataciones de tipo clientelar, lo cual supuso un lastre para la industrialización local, por lo que la economía griega siguió siendo dependiente de Europa occidental para afrontar sus necesidades industriales²². El agregado económico del Plan Marshall, Paul Porter, fue clave a la hora de vetar las reparaciones de guerra por el expolio

²²N. Mouzelis, *Politics in the Semi-Periphery*, cit., p. 258. Una de las mentes más agudas de la Grecia de posguerra, Kyriakos Varvaessos, gobernador del Banco Central inmediatamente después de la guerra, entendió muy bien que el flujo de ayuda externa no hacía sino perpetuar los problemas del Estado griego. El «experimento de Varvaessos», un plan para reconstruir la economía griega sobre la base de grandes proyectos civiles en conjunción con pequeñas empresas apoyadas por el Estado que pudieran competir con el resto de Europa, no llegó a ver la luz.

nazi, que habría supuesto el envío de plantas siderúrgicas desde el Rin hasta el Ática. Un millar de familias –muchas de las cuales fueron colaboracionistas durante la guerra– terminaron controlando la mitad de la totalidad de la renta privada durante las décadas de posguerra²³. El Pireo reclamó su posición en tanto que capital naviera, con la ayuda de incentivos fiscales que permitieron la compra de más de quinientos barcos modelo Liberty reequipados, que Estados Unidos ya no necesitaba.

En lugar de industrialización, los planificadores del Plan Marshall ofrecieron otra solución: turismo. En este punto el pasado del país resultaba doblemente útil. En una época en que los *Great Books of the Western World* de Mortimer Adler se estaban convirtiendo en lectura obligatoria en los hogares del Medio Oeste estadounidense, los campeones del liberalismo de la Guerra Fría alistaron a filólogos clásicos y a arqueólogos, desde Homer Thompson hasta Carl Blegen, para que tomaran el relevo. En la inmediata posguerra, los arqueólogos estadounidenses habían servido como observadores electorales en una farsa de plebiscito celebrado en 1946, restringido a aquellas áreas bajo control no comunista, y gracias al cual la casa de Glücksburg pudo seguir en el trono; a medida que la Guerra Civil se intensificaba, la tradición clásica se introdujo en los campos de detención del Egeo, donde los comunistas cautivos eran obligados a interpretar *Los persas* –la tragedia de Esquilo sobre cómo Atenas logró rechazar una incursión imperial proveniente del este– ante audiencias formadas por voluntarios de la Cruz Roja. En 1948, en su primer número, la revista *Archaeology Magazine* incluía partes militares de los frentes atenienses y Eugene Vanderpool empleaba *jeeps* del ejército estadounidense para transportar la tierra extraída de las excavaciones. La reactivación cultural de la antigua Grecia por parte de Estados Unidos fue un verdadero éxito. En 1950, el Odeón de Herodes Ático había sido restaurado; en 1953, la Estoa de Átalo, que había sido levantada en el siglo III a. C. precisamente por un admirador imperial de la cultura ateniense, había sido resucitada con mármol traído de El Pireo. La santificación de la antigua Hellas y su mercantilización eran dos fenómenos que habían ido siempre de la mano de forma oportunista. El dinero del Plan Marshall fue destinado a construir la infraestructura de una industria turística de masas, que garantizaría «la preservación y mejor despliegue de monumentos históricos», de acuerdo con la Economic Cooperation Administration, dirigida por un banquero de Chicago. Desperdigados por toda Grecia, los hoteles Xenia, de administración estatal, llevaron a los turistas a las inhóspitas zonas antaño controladas por el ELAS.

²³ Constantine Tsoucalas, *The Greek Tragedy*, Baltimore (MD), 1969, pp. 98, 129.

La mejor y más clara manifestación del orden de posguerra fue la construcción del Atenas Hilton, cuyo diseño, al igual que el de la nueva embajada de Estados Unidos, situada frente a él, tenía claras reminiscencias del estilo griego clásico. La construcción del Hilton comenzó un año después del final de la Guerra Civil. Con su altura de doce pisos, el doble de lo permitido, fue el primer edificio de Atenas en alzarse por encima de la Acrópolis, que se veía directamente desde sus habitaciones. El Hilton relevaría al Grande Bretagne como puesto de mando tecnocrático para los que deliberaban sobre los asuntos del país. Los fondos provinieron de Stratis Andreadis, el gran magnate y armador que compró el primer barco Liberty que se vendió bajo el esquema del Plan Marshall, un negocio que él luego expandió hasta lograr un imperio bancario y comercial, que hoy en día es responsable de una tercera parte de todos los depósitos existentes en la economía griega.

Los gobiernos decididamente derechistas de la década de 1950 trataron inicialmente de devolver poder a las provincias, pero la urbanización suponía un valor demasiado importante para el nuevo orden. Ya no se podía confiar en el campo. Sus resentimientos latentes podían vigilarse más fácilmente desde dentro de la capital, donde los vendedores de periódicos anotaban cuidadosamente quién compraba qué periódicos y los porteros observaban a hurtadillas quién visitaba a quién. Una Administración pública que siempre había sido un instrumento para garantizar lealtades tenía ahora además los fondos para hacerlo. Ofreciendo empleos a aquellos situados políticamente en la derecha y recompensando a los renegados de la izquierda, Atenas se presentaba como un santuario frente al *mnisikakia* («recuerdo de los males»). Esta condición de refugio que tenía la capital —con ecos de la Orestíada— frente a un sangriento mundo rural tuvo su reflejo en la literatura de posguerra de autores como Costas Mourselas o Costas Taktsis, y encuentra tardías reminiscencias en las películas de Theo Angelopoulos.

Reconstrucciones

En 1955, los dos grandes destinos de los trabajadores griegos eran Alemania Occidental, que acogió a casi el 70 por 100 del éxodo rural, y la propia Atenas, que vaciaba el campo griego a razón de ciento cuarenta habitantes al día. A diferencia de las llegadas de 1923, las dos terceras partes de este flujo provenían de las partes más rurales y desposeídas del país y la mayoría de sus integrantes nunca había visto antes una ciudad.

En 1965, la población de la ciudad sobrepasó los 2 millones de habitantes, mientras solo uno de cada cuatro residentes había nacido en Atenas. El *boom* de la construcción de viviendas para alojar a los recién llegados se desarrolló en el marco de un sistema conocido como *antiparochí*, literalmente «ponderación», una ley de la época de Venizelos que permitía a un promotor derribar una propiedad antigua y sustituirla por un bloque de apartamentos o «multiresidencia» —un *polykatoikía*— de seis o siete pisos, dando al propietario original un porcentaje de los metros cuadrados resultantes. Todo este proceso lo supervisaba Constantino Karamanlis, quien, como ministro de Obras Públicas, probablemente hizo más por dar forma al paisaje de Atenas que cualquier otra figura, antes o después²⁴. *Mneimeiofágoi* y *oikopedofágoi* —«devora monumentos» y «acaparadores de tierras»— tomaron las riendas en materia de urbanismo y demolieron los barrios existentes o se hicieron con nuevas extensiones de tierra, la mayoría de las cuales estaban desconectadas con la ciudad en términos de red eléctrica, carreteras o sistemas de suministro de agua y alcantarillado. El *antiparochí* pasó a ser el medio más eficaz para transferir la riqueza del campo hacia activos sólidos. Este sistema, en el que se negociaba normalmente a través de acuerdos verbales y se pagaba en *dóseis* («dosis»), era aplicable a una población recién llegada de las montañas, que era en su mayor parte analfabeta. La construcción, uno de las pocas industrias significativas donde las lealtades políticas podían pasarse por alto, empleaba a uno de cada diez griegos en la época de posguerra. Los constructores se pusieron a trabajar, instalando una oficina frente a cada obra nueva para que los transeúntes pudieran hacerse con un apartamento sobre la marcha. Solo una fracción de *polykatoikía* llegó a construirse con arreglo a algún tipo de plan arquitectónico. Por regla general, un atrio de planta baja era simplemente cubierto por una docena de pisos engalanados con balcones.

Canalizando materiales y mano de obra del resto del país, extendiendo la ilusión de la prosperidad económica a través de toda la capital y apuntalando la falsedad de la identidad y la política griegas, la construcción era la industria representativa de la renovación ateniense. En 1971, en

²⁴ Nacido en el seno del Imperio otomano, Karamanlis llevó las riendas del Ministerio del Trabajo durante la Guerra Civil, un cargo desde el que impresionó a la embajada de Estados Unidos —y al rey Pablo— lo suficiente como para convertirse en el candidato a suceder a Papagos al frente de Concentración Griega, y luego en primer ministro en tres ocasiones. En 1958, justo cuando la financiación del Plan Marshall empezaba a decrecer, Karamanlis firmó un acuerdo de asociación con la Comunidad Económica Europea.

el momento culminante del desarrollo urbanístico, en Atenas se terminaban nueve viviendas cada hora, y se construían más edificios que en ningún otro lugar de Europa. El puerto de Volos se convirtió en el mayor productor de cemento de Occidente²⁵. Fue así como tomó forma una metrópoli de color gris metal, que cubría la llanura ática en todas direcciones, deforestando colinas y rellenando ríos. Si el Estado animaba en algún sentido la construcción, lo hacía a través de la pasividad. Las leyes aprobadas en la década de 1950 restringieron las dimensiones de la *polykatoikía*, pero su aplicación fue errática. Los derechos de las construcciones ilegales podían verse confirmados si una vivienda era techada durante la noche; antes de las elecciones de 1963, treinta mil viviendas de este tipo fueron homologadas legalmente en cuestión de semanas²⁶.

Atenas se convirtió en la extraña concreción del clientelismo griego, la manifestación física de las formas en que en Grecia la conveniencia política a corto plazo toma precedencia una y otra vez sobre la planificación de largo alcance. En la medida en que no existe ningún código legal que defina el espacio público por contraposición al privado, el fenómeno de la *polykatoikía* no solo reúne a todos los pueblos de Grecia (desde el punto de vista geográfico, económico y político, cada edificio es como un botón de muestra de la sociedad griega), sino que también encarna ese azaroso solapamiento entre lo público y lo privado. A lo largo de los pasillos de la *polykatoikía* encontramos accesos que dan no solo a apartamentos, sino también a oficinas de notarios, dentistas, abogados y psicólogos. Se ha dado aquí un proceso específicamente griego de formación de clases. El tipo de industrialización que acompañó el crecimiento de Belgrado o Bucarest fue un fenómeno marginal. Los nuevos urbanitas de Atenas mantenían aún un pie en el pueblo, y es posible que poseyeran otros apartamentos en la ciudad. Los especuladores inmobiliarios eran también jornaleros. Los oficinistas eran también ingenieros. Los ahorros escaseaban, pero las fuentes de ahorro eran múltiples: captación de rentas, especulación del suelo, contratos de construcción irregulares, remesas de Alemania o de Estados Unidos. (Un efecto curioso de la exclusión política en los empleos en el sector público hasta la década de 1980 fue el espíritu emprendedor que desarrollaron los izquierdistas griegos. Las empresas dirigidas por izquierdistas –pequeñas librerías, tiendas de alimentación– llenaron

²⁵ Constantinos Doxiadis, «Our Capital and Its Future», Atenas, 1961, p. 23; véase también Guy Burgel, *Athens: The Development of a Mediterranean Capital* [en griego], Atenas, 1976, p. 396.

²⁶ Kevin Andrews, *Athens*, Londres, 1967, p. 13.

barrios como Kypseli y Kaisariani). Un tercio de esta nueva pequeña burguesía urbana ingresó en profesiones cerradas, como las de farmacia o la abogacía, que contaban con beneficios públicos, tales como unos salarios mínimos garantizados. El tercio restante eran autónomos, una proporción enorme, según parámetros europeos²⁷.

De la junta militar al PASOK

Este desarrollo vertiginoso y muy desigual aceleró las divisiones sociales, al tiempo que la movilidad geográfica relajó la presión de los sistemas tradicionales de patronazgo y mitigó el carácter represivo de la monarquía parlamentaria de posguerra. En las elecciones de 1963, la Unión de Centro, liderada por el precavido George Papandreou y su más dinámico hijo Andreas, logró vencer a la Concentración Griega. La suave liberalización política llevada a cabo por Papandreou, los incrementos del gasto social y los amagos de ejercer algún control sobre el ejército fueron causa suficiente para que un grupo de coroneles de extrema derecha se hicieran con el poder con el objetivo de impedir las elecciones de 1967. El propósito contradictorio de la junta militar era blindar el sistema de posguerra contra el orden social (cada vez más urbano, culto y de clase media), que ese mismo sistema había generado. El instrumento para ello no era otro que el del terror, ejercido contra sindicatos, estudiantes y opositores. Por otra parte, la junta militar hizo la primera tentativa seria de frenar el éxodo rural, imponiendo restricciones al fenómeno de la *polykatoikia* y poniendo fin a la construcción de asentamientos ilegales. Cuando a principios de la década de 1970 el crecimiento se ralentizó ante un déficit comercial en aumento, Aristóteles Onassis y Stavros Niarchos recibieron contratos masivos para instalar refinerías de petróleo a lo largo de la costa sarónica, una estrategia que sedujo a Estados Unidos para que reubicara su Sexta flota, que trasladó desde Cerdeña a El Pireo.

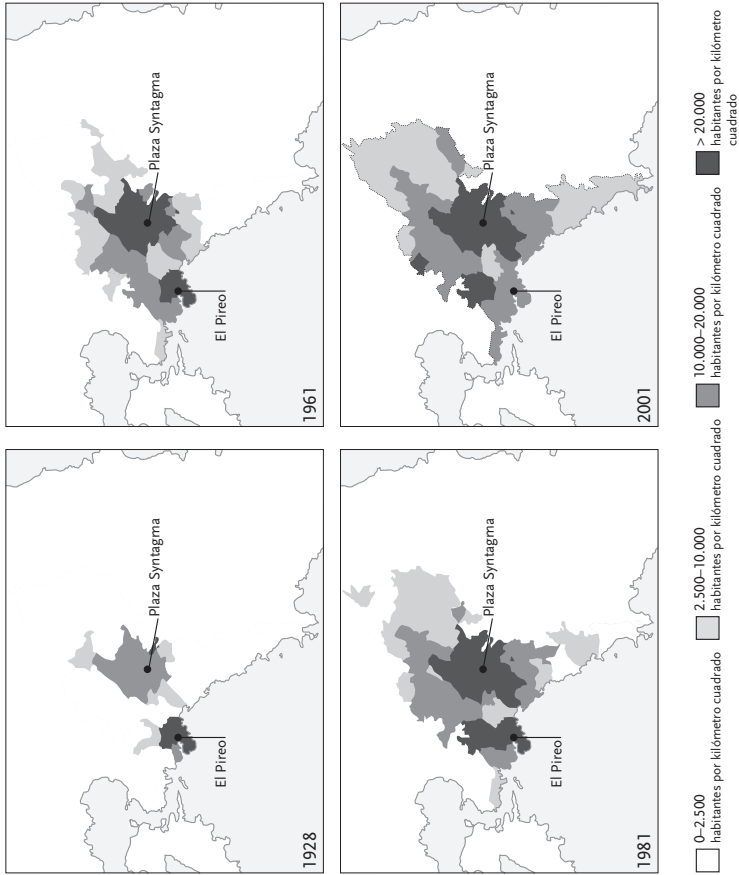
Los coroneles habían perdido la fidelidad de la industria de la construcción, cuyos sindicatos habían disuelto de manera insensata nada más tomar el poder. En 1973, los ingenieros y los cementeros unieron fuerzas con una generación de estudiantes descontentos, que habían presenciado los acontecimientos de 1968 desde unos campus ocupados por la policía del régimen. Exarcheia, el viejo barrio de obreros de la construcción que se había convertido en un bastión estudiantil, demostró

²⁷ Véase Eurostat, informe de 2017.

ser doblemente fértil en tanto que semillero del antiautoritarismo. Si las protestas señalaron la implosión de la Junta, mucho más importante fue el derrocamiento de la facción militar de Papadopoulos por parte de la facción policial representada por Ioannidis, que desembocó en el desastroso intento de golpe de Estado en Chipre, el cual a su vez ofreció el pretexto para la ocupación militar de la isla por parte de Turquía, que continúa hasta el día de hoy. Pero las protestas universitarias proporcionaron un relato conveniente para la primavera política que siguió al derrocamiento de la dictadura en 1974, cuando un plebiscito terminó bruscamente con la monarquía. Entre las carreras que se vieron favorecidas por el *polytechneio* estaban las de personajes que habían sido influyentes antes de 1967: figuras como la de Karamanlis, que regresó para retomar las riendas del Estado una vez más, y a quien los levantamientos le concedían una legitimidad fresca entre una nueva generación de votantes, que se habían criado en el discurso de los derechos humanos, en la *détente* y en las distensiones ideológicas.

Fue este nuevo bloque electoral –la creciente clase media de atenienses, un millón de los cuales regresó a sus pueblos para votar en las elecciones de 1981– el que llevó al poder al PASOK aquel año. El legado de Andreas Papandreou es agri dulce. Él fue quien integró, por primera vez en la historia griega, a la izquierda en el Estado. La reconciliación política fue de la mano del enorme estímulo provocado por la disponibilidad de recursos financieros, provenientes principalmente de la Unión Europea, gracias a los cuales se construyó el Estado del bienestar griego. Durante ese mismo periodo, Papandreou supervisó una espectacular reconfiguración electoral de la política griega, en la que grandes extensiones rurales –islas como Evia y Rodas, o prefecturas como las de Corintia, la parte oriental de Creta– pasarían a convertirse en bastiones del PASOK. Esta recomposición política partió de Atenas y se proyectó hacia el exterior: las élites locales construyeron sus sistemas clientelares, algunos de cuyos engranajes llegaban al comité central del PASOK en Atenas, un organismo que en gran parte era designado a dedo por el propio Papandreou. Como contrapeso de la vieja aristocracia, el sistema clientelar del PASOK integró en el Estado a la mitad excluida de la sociedad griega, al tiempo que ampliaba el papel del Estado en la vida social. Así como Atenas había pasado a ejercer un protagonismo desproporcionado en Grecia, «una pesada cabeza sobre un cuerpo débil», así también bajo Papandreou la maquinaria de partido griega se adivinaba en todas las manifestaciones del Estado²⁸.

²⁸ G. Burgel, *Athens: The Development of a Mediterranean Capital*, cit., p. 23.

Atenas, densidad de población

Fuente: Datos censales de la Autoridad Estadística helena.

A finales de la década de 1990, el impulso del PASOK hacia la «modernización» lo había convertido en un producto completamente neoliberal, prácticamente indiferenciable de Nueva Democracia. Tras abrazar con éxito la candidatura de los Juegos Olímpicos en 1997, durante la presidencia del sucesor de Papandreou, Costas Smitis, se construyó el metro de Atenas, el aeropuerto Eleftherios Venizelos y la red de autopistas del Ática; los barones financieros del PASOK, los *néa tzákiá*, supervisaron esos proyectos de construcción al tiempo que lideraban la penetración financiera del sudeste de Europa. En esta nueva edición de la Gran Idea, el objetivo era convertir a Atenas en el nexo bancario y financiero de la región. Al margen de esta oleada de beneficios económicos

quedó la clase trabajadora ateniense. Desde las manufacturas textiles de Metaxourgeio hasta los astilleros para la reparación de buques de Skaramagas, la privatización terminó de destruir todo cuanto la globalización había dejado en pie. El gasto militar, crónicamente hinchado por los temores de una agresión turca, se había disparado hasta superar el 4 por 100 del PIB en el *annus mirabilis* de 2004, cuando Atenas acogió las Olimpiadas.

Los Juegos trajeron consigo no solo un repunte de la corrupción, sino también una granada de humo financiera que tardaría años en disiparse. Se abrió la veda para que los intereses más inconfesables lograran beneficios ilegales y se hicieran con contratos de construcción irregulares; entre otros muchos personajes, Spiros Latsis, el griego más rico del mundo, que se adueñó de 7.000 metros cuadrados de terrenos públicos en Marousi para abrir el centro comercial Mall of Athens, que es la construcción sin licencia más grande de Europa. La retórica oficial que hablaba de «mejorar la posición de Atenas en la jerarquía de las ciudades globalizadas» se quedó en nada: hoy solo se ve degradación por todas partes. De las veintidós instalaciones que se construyeron para los Juegos, veintiuna se han abandonado al óxido y a los perros callejeros. La cobertura periodística de la crisis económica —así como de la crisis política en torno a los refugiados— a menudo traslada la impresión de que las convulsiones no llegaron a Atenas hasta la última década. Pero lo cierto es que las corrientes subterráneas del descontento y el tribalismo llevaban ahí desde hacía mucho tiempo, borboteando bajo una prosperidad que siempre fue superficial. Los ciclos de cólera y protesta que se adueñaron entonces de la ciudad fueron anunciados, poco antes de la crisis propiamente dicha, por la muerte en 2008 de Alexandros Grigoropoulos en Exarcheia a manos de una fuerza policial, que en los albores de la era de la austeridad oportunamente regresaba a escena justo a tiempo para asistir a una élite política sitiada.

Al mismo tiempo, desde el final de la Guerra Fría Atenas se ha convertido en un lugar mucho más cosmopolita. Cientos de miles de europeos orientales y balcánicos vieron en Atenas lo que los griegos de posguerra vieron en su día en Berlín o Hamburgo: un lugar donde refugiarse tras el colapso de sus respectivos regímenes. Lo que da a la población inmigrante de la ciudad su carácter único es, en primer lugar, la rapidez con la que llegó. Hace una generación, el arqueólogo Kevin Andrews afirmaba que era incapaz de encontrar restaurantes de comida internacional

en Atenas²⁹. A día de hoy, el 10 por 100 de los atenienses son de origen extranjero, si bien las trayectorias exitosas entre los inmigrantes son escasas y esporádicas. En segundo lugar, la población de Atenas nacida en el extranjero es sorprendentemente diversa. Hay decenas de miles de habitantes procedentes de Bangladesh, el Kurdistán, Nigeria, Pakistán, Filipinas y Serbia; al menos 200.000 vinieron de Albania. Después de asentarse en Grecia muy rápidamente durante el repunte económico de mediados de la década de 1990, esta población se encuentra ahora varada en Atenas, en una situación solo un poco menos desesperada que la de los sirios y los iraquíes, que llegaron más recientemente. (Estas capas de poblaciones migrantes sucesivas constituyen el sombrío telón de fondo de *Plateia Amerikis*, de Yannis Sakaridis, una película de 2016 que brilla con luz propia en una industria cinematográfica griega que ha sido diezmada por la austeridad).

El gobierno de Syriza

En Grecia, los partidos poseen sin duda feudos regionales (Creta para el PASOK, el Peloponeso para Nueva Democracia), pero lo que no pueden permitirse es ser ellos mismos regionales. Tesalónica es otra forma de decir «pronunciamientos políticos» –Nueva Democracia fue fundada allí tres meses después del colapso de la Junta militar y SYRIZA anunció su plataforma antiausteridad en esa misma ciudad un año antes de su acceso al poder–, pero la realidad es que todos los partidos dirigen sus operaciones desde la capital. Las carreras políticas están ancladas en Atenas y a partir de ahí se transfieren a las zonas rurales. De un tamaño minúsculo en comparación con los partidos que desalojó el poder, en un principio SYRIZA prometió hacer justicia en el sistema que había heredado.

Sin embargo, el líder del movimiento, Alexis Tsipras, un político estudiantil nacido en el seno de una familia de ingenieros de Epiro tenía, desde sus comienzos, más de arribista que de militante político. Tsipras comenzó siendo un líder de las juventudes comunistas, antes de que la dirección del partido lo seleccionara como candidato telegénico para la «renovación». Como gobernante, ha demostrado ser el más eficaz repartidor de austeridad de toda la crisis griega. Tsipras ha satisfecho a Berlín, logrando que Grecia prácticamente haya desaparecido de la

²⁹ K. Andrews, *Athens*, cit., p. 65.

prensa internacional: la plaza Syntagma ha dejado de arder. El vacío que SYRIZA creó en el seno de la izquierda griega, junto con los regalos simbólicos con los que obsequia al movimiento anarquista, con excarcelaciones regulares de sus miembros, continúa otorgando al partido una influencia desproporcionada entre los movimientos sociales, a pesar de la decepción que estos sienten ante la política gubernamental. Cuando Tsipras pierda las elecciones, lo que probablemente suceda el próximo mes de mayo, bien podría volver a movilizar a estos grupos y enviar a Exarcheia a Syntagma.

Mientras continúa la degradación de la infraestructura del país, el ejemplo más clamoroso de evasión fiscal sigue siendo el de los oligarcas que canalizan fondos a los partidos. La crisis ha supuesto una oportunidad para el sector más joven de entre estos oligarcas, que bajo el gobierno de SYRIZA han ido haciéndose con un activo público tras otro (aeropuertos regionales, conglomerados de apuestas, hoteles, etcétera) a cambio de calderilla. A lo largo del bulevar Syngrou Fix, los representantes del sector más veterano se han rehabilitado como filántropos. Así, un centro cultural por cortesía de Onassis se alza sobre la parte sur del bulevar, enfrente de la avenida que alberga un centro de tratamiento contra el cáncer ofrecido por la misma mano; y dominando la parte norte, una biblioteca nacional y una ópera diseñados por Renzo Piano y financiados por Niarchos.

En la actualidad, Atenas contiene la mitad de todos los vehículos de motor de Grecia. Publica todos los periódicos de ámbito nacional, emite todos los grandes canales de noticias nacionales, y los cuatro principales bancos tienen su sede allí. Si solo contáramos su población de funcionarios, que alcanza los 300.000, Atenas sería la tercera ciudad más grande de Grecia. Antes de la crisis, el PIB de la gran Atenas era mayor que el de Hungría, Polonia y la mitad sur de Italia, suponiendo el 20 por 100 del PIB griego total, o el doble del que representa el de Londres con respecto al de Reino Unido³⁰. Más allá de Atenas, es difícil ver policías. La capital vigila a una población que suma la mitad de la de Grecia con una fuerza policial deliberadamente reclutada en los pueblos, que ahora cuenta con equipamiento militar (furgones acorazados o gases lacrimógenos comprados a Estados Unidos e Israel, a pesar de que contravienen la convención de Ginebra) y que se halla lista para aplastar toda resistencia a la Troika. Sin embargo, cuando no encarna la hidrocefalia del Estado

³⁰ Donald Sassoon, «Prefacio», en C. Dimoulas y V. Fouskas, *Greece: Financialization and the EU*, cit.

griego, Atenas hace las veces de deliberado redistribuidor del poder. Así, la capital envía médicos y soldados al campo para que ejerzan allí durante periodos obligatorios de servicio. Su población estudiantil dispone de un sistema universitario que está deliberadamente presente a lo largo y ancho del Estado –Ioánina, Lesbos, Creta o Xánthi–, a fin de que el dinero circule de vuelta a las provincias.

Por lo que respecta al gobierno municipal, aquí, como en el resto de Grecia, el Estado cumple sin complejos su papel obstruccionista de filtro para la politización. Su objetivo no consiste en reducir la burocracia, sino en hacer que prolifere al máximo, multiplicándose las oportunidades para el intercambio de favores y el cohecho. En Atenas, los impuestos a la propiedad se basan en los recibos de la luz. A escala estatal se recaudan 3 millardos de euros, que luego se redistribuyen de vuelta a los municipios de acuerdo con criterios fundamentalmente arbitrarios. Los alcaldes locales reciben con frecuencia la financiación mínima –ni un céntimo más– para el día a día. El tira y afloja entre los municipios y el Estado, entre un municipio y otro, y entre las unidades administrativas dentro de un mismo municipio, es lo suficientemente disfuncional como para que los atenienses no sepan quién es responsable de qué. La policía la gestiona el Estado, aunque sus tácticas varían en función de cada municipio e, incluso, en función del barrio. A su vez, los municipios poseen sus propias fuerzas civiles, pero sus responsabilidades rara vez van más allá de poner multas de aparcamiento y cobrar la tarifa pertinente a los cafés que ponen una terraza en la acera. La gobernanza urbana se divide entre cuarenta municipalidades y el propio Estado. Los municipios son responsables del espacio público y de las obras municipales, de las farolas y de los semáforos, por no hablar del sistema de aparcamiento; sin embargo, cualquier calle por la que transite un autobús o tranvía públicos es de gestión estatal. EYDAP, una empresa pública, gestiona el agua, pero lo hace solo en las zonas a las que llega físicamente su sistema de tuberías; en caso contrario, el abastecimiento de agua corre a cargo de los municipios, ya sea a través de pozos o de sistemas de bombeo independientes. El alcantarillado de Atenas lo gestiona el Estado en su totalidad.

La urbanización de posguerra nunca llegó a solucionar los problemas derivados de la infraestructura inadecuada –o inexistente– de Atenas. Más bien se limitó a recubrir con capas sucesivas de construcciones la ciudad de preguerra, para dar lugar, de hecho, a una metrópoli nueva

en la que las zonas comerciales, industriales y residenciales no estaban sometidas a divisiones formales y en la que todavía no se ha llegado a compilar un registro catastral propiamente dicho. «Excavamos la calle Bucarest para crear la primera zona peatonal de Atenas», según me comentó Stefanos Manos, que fue ministro de Obras Públicas después de la dictadura militar:

Era un enclave arqueológico. Medio metro bajo tierra, encontramos los raíles de hierro de un tranvía de principios de siglo; cuando cavamos más hondo, encontramos un sistema de alcantarillado que debía llevar allí desde el siglo pasado. No era una tubería, sino un túnel hecho de ladrillos. Pero lo más interesante era el hecho de que la mayor parte de los grandes edificios circundantes no estaban conectados de ninguna manera a este túnel: sus aguas residuales terminaban simplemente en la tierra. Esto sucedía en 1978³¹.

Un millón de metros cúbicos de agua deben ser canalizados a la gran Atenas cada día, a lo que hay que sumar túneles al aire libre procedentes de lugares tan distantes como Aitolokarnania, a 200 kilómetros hacia el oeste. A continuación, los desperdicios se redirigen hacia el golfo Saronico, motivo por el cual Bruselas impone multas diarias por valor de 35.000 euros. Cada día, la recogida de 6.000 toneladas de basura le cuesta a la ciudad 30.000 euros adicionales, en concepto de multas de la UE por su procesamiento ilegal e indiscriminado. Los turistas contribuyen al empleo excesivo de plástico –un millón de tazas de café desechables al día y al menos la misma cantidad de botellas de agua mineral–, del que tan solo el 13 por 100 es reciclado. El resto de la basura se recoge cada noche de los cien mil cubos con ruedas que hay desperdigados por toda la ciudad y es arrojada en setenta vertederos del Ática, muchos de los cuales ocupan terrenos ilegales.

Los desastres naturales provocan en Atenas unos daños desproporcionados. El pasado julio, en Mati, un pueblo con playa situado a 20 kilómetros al noroeste de la capital, un incendio forestal barrió la línea de costa, matando al menos a noventa y nueve personas y quemando cientos de viviendas. La falta de rutas de evacuación; la gran desertificación que sufre Grecia; la respuesta lamentable e inadecuada del gobierno de SYRIZA, que aseguró que la situación estaba bajo control, mientras aumentaba el número de víctimas mortales; el departamento de bomberos de Atenas cuyo personal ha sido reducido a la mitad y cuyo equipamiento no se había mantenido correctamente por culpa de

³¹ Entrevista personal, Atenas, 4 de junio de 2018.

los recortes; y la supresión, al comienzo de la crisis, de la Corporación pública para la planificación urbanística y la vivienda, cuyo cometido era dismantelar los asentamientos y estructuras ilegales son tan solo las causas inmediatas del desastre. En términos más generales, la responsabilidad hay que buscarla en la apropiación continuada de tierras, en la legalización retroactiva de núcleos urbanos compuestos únicamente de estructuras ilegales y en la cortedad de miras que hace que un problema solo se atienda cuando algo sale mal.

El expolio medioambiental de Atenas puede apreciarse prácticamente allí donde se mire: al norte, en el monte Parnitha, que era uno de los mayores parques naturales del país hasta que la mitad de sus bosques fueron destruidos por los incendios del 2009, un incidente por el que nadie fue a juicio, pero cuyo resultado fue la recalificación subrepticia de los terrenos carbonizados y la construcción de miles de viviendas ilegales; o al sur, a lo largo del Egeo, en la Riviera Ática, parcelada en conjuntos residenciales de lujo y un hotel de cinco estrellas, y que el pasado septiembre quedó arruinada por un vertido de petróleo que tiene todos los visos de proceder de una operación de contrabando. El año pasado veintitrés personas se ahogaron como consecuencia de unas inundaciones repentinas en el municipio de Mandra provocadas por la desaparición de los arroyos de montaña, que han sido rellenados con cemento o bien están atascados de basura. Se trata de un escándalo del que nadie se ha preocupado, aunque no sea precisamente nuevo: dos décadas atrás hubo inundaciones en el mismo lugar.

Dubaificación

El novelista greco-armenio Ptros Markaris ha localizado la esquizofrenia de la identidad ateniense en la línea del tranvía eléctrico que parte hacia el mar desde el centro de la ciudad. Al este de esta línea nos encontramos con la prosperidad europea. Más al sur, a lo largo de la costa, están los cuidados frentes de playa de Voula y Glyfada. En el viejo aeropuerto de Elliniko, reconvertido en campo de refugiados en 2015, se estudian planes para que Latsis y un conglomerado de inversores chinos y árabes *dubaiquien* un pedazo de la costa, con vistas a convertirlo en un paraíso de hoteles, centros comerciales y puertos deportivos. A lo largo del lateral de Hymettos, a través de los distritos de clase media de Ilioupoli y Nea Smyrni, los distritos arbolados del norte de Atenas desembocan en el Ática. Allí es donde se ubican las suntuosas mansiones, cuya pátina de

perfección tan bien retrató Yorgos Lanthimos en *Dogtooth* (2009), todas ellas cortadas con el mismo patrón y cada una con su correspondiente piscina, registrada ante las autoridades fiscales como tanque de irrigación. El *beau monde* anterior a la crisis continúa, pues, brillando.

En el oeste de Atenas, los barrios están dominados por arbanitas. Los griegos pόνticos todavía conversan en ruso y uzbeko. Este es el horrible refugio balcánico del que dan cuenta las novelas de Olivia Manning o Yannis Maris: una ciudad de vagabundos y oportunistas confiada a estafadores y mafiosos, a policías corruptos, a concejales vendidos y a secuestradores en busca de presas entre los magnates de las navieras. Los albaneses protegen las tiendas, los georgianos trabajan en la clandestinidad y los roma llevan el negocio de la chatarra, que transportan en carretillas motorizadas para luego enviarla a los territorios de los *gangs* de Aspropyrgos y Menidi, desde donde parte hacia Alejandría o Beirut. Cerca de allí, en los muelles de El Pireo, el puerto de contenedores más grande del Mediterráneo fue vendido a Pekín en 2016 por el equivalente a dos semanas de alivio de la deuda. Cientos de trabajadores, herederos de una tradición de reparadores de navíos de la que se siguen enorgullecendo barrios como Perama y Nikaia, son hoy los conejillos de indias del primer centro de trabajo en suelo europeo bajo control directo del Estado chino; sus gestores no se han andado con rodeos a la hora de dejar clara su intención de utilizar Grecia para compensar un siglo de humillaciones económicas a manos europeas. Esta Atenas culmina en la calle Acharnon, que desemboca en la plaza Omonia desde el oeste. Los puestos de kebab a cargo de yemeníes lindan con tiendas de alimentación de propiedad moldava. Las calles que se encuentran detrás del City Plaza, un hotel abandonado antes ocupado por anarquistas y hoy hogar de cientos de sirios y afganos, están repletas de burdeles. Son pocos los sótanos de los bloques de apartamentos que todavía no se han convertido en mezquitas clandestinas.

Durante la crisis, la prensa anglófona invocó de forma recurrente la antigua Atenas, en su intento de calibrar el problema de Grecia: la crisis fue «una tragedia», en el verano de 2015 hubo «una subversión de la democracia en el lugar mismo de su nacimiento», el camino hacia la recuperación económica era una «odisea nacional», etcétera. Aquellos clichés resultaron útiles. Bruselas y sus facilitadores preferían hablar de la deuda simbólica que Europa debía a la Atenas clásica y callar sobre la deuda real que lleva encadenando al Estado griego a las potencias

occidentales desde el día mismo en que logró la independencia. «Pues fue aquí, hace veinticinco siglos, en las colinas rocosas de esta ciudad, donde surgió una nueva idea: *demokratia*», decía Obama en su último discurso sobre política exterior, pronunciado en la fundación Stavros Niarchos. «Fue aquí donde se asumió el riesgo de la democracia», añadía unos meses más tarde un efusivo Macron, en un discurso pronunciado en Pnyx. Pero cuando se trataba de hacer balance de la Segunda Guerra Mundial, las lecciones de historia de pronto se evaporaban.

El legado más importante de la crisis será el de una generación perdida. Uno de cada cinco pequeños negocios ha cerrado³². Quince mil personas duermen cada noche en la calle y comen de lo que encuentran en los cubos de basura. (Existen *tours* homologados por el Ministerio de Cultura que llevan a los turistas de safari por los barrios asolados por la crisis y por los campos de refugiados del Ática). Uno de cada cinco hogares depende ahora de un sistema de pensiones que ha sido recortado en una tercera parte desde 2008 y que va por buen camino hacia su implosión definitiva. Los índices de suicidio han crecido un 35 por 100³³. El último capítulo de la austeridad es especialmente destructivo para Atenas, una ciudad donde los índices de vivienda en propiedad – casi nueve griegos de cada diez son propietarios de su casa– están entre los más altos de Europa. Los gobiernos anteriores se habían resistido a las exigencias de la Troika de recurrir a la ejecución inmobiliaria para saldar las deudas. SYRIZA las ha asumido, y ha convertido la vivienda en propiedad en una carga tremenda: solo este año han sido embargados diez mil apartamentos (una cifra que se prevé que aumente hasta los 50.000 en 2019)³⁴. El desempleo se ha estancado en el 30 por 100 de promedio, pero en determinadas zonas occidentales de Atenas puede llegar hasta el 45 por 100.

En términos culturales, la crisis ha socavado la ciudad. Cuando visité Atenas por primera vez, hace una década, en barrios como Pangrati y Ampelokipoi abundaban las librerías, las editoriales o los cines. Poco queda hoy de todo aquello. En medios internacionales se ha hablado mucho de los griegos que dejaron Atenas durante la crisis para ir a los pueblos a trabajar en los olivares. Mucho más frecuente es el caso del

³² Kerin Hope, «Struggling Greek businesses cling to recovery hopes», *Financial Times*, 19 de noviembre de 2017.

³³ Lauren Zanolli, «Greek crisis has seen a rise in suicides and depression», *Newsweek*, 13 de julio de 2015.

³⁴ Pavlos Roufos, *A Happy Future Is a Thing of the Past*, Londres, 2018, p. 169.

ateniense que trabaja como camarero hasta bien entrada la madurez o el de la redacción cuyos periodistas están dispuestos a trabajar meses sin cobrar. La Universidad de Atenas es el hogar de vagabundos que fuman *sísa*, esa mezcla de ácido de batería y champú que se ha convertido en la heroína callejera de la austeridad. El destino de muchos residentes griegos no es hoy en día muy distinto del de los migrantes albaneses o filipinos, que llegaron al país para trabajar en el sector servicios. Al menos, ellos tienen la posibilidad de abandonar el país: es lo que hace una media de cuatro mil todos los meses.

La capitulación de Tsipras ante la Troika, a pesar del veredicto del referéndum del 5 de julio de 2015, dejó a su paso un extraño vacío de sentido ideológico. Esta es una ciudad sin futuro. No se trata solo del hecho de que el turismo en Grecia haya confirmado la premonición de Patrick Leigh Fermor, según la cual un país de pescadores estaba destinado a convertirse en un país de camareros. El turismo, ese comodín panacea que arranca de raíz lo que de auténtico tiene el objeto de su deseo, también acentúa muchos de los problemas que habría de resolver. Los hostales que había desperdigados por el barrio de Plaka, que eran negocios familiares cálidos y acogedores, han dado paso a antisépticos megahoteles internacionales. Las tabernas de *souvlaki* han sido sustituidas por *juice bars*, y los viejos *kafeneía*, por *coffee shops* de lujo. La llamada *sharing economy* (la economía colaborativa) está expulsando en masa a los atenienses del centro de la ciudad. Airbnb es una calamidad urbana, que sustituye a inquilinos de larga duración por alquileres de estancias cortas y alimenta una economía sumergida en su mayor parte libre de impuestos y basada en el trabajo doméstico a tiempo parcial. Lo que antaño hizo de Atenas una de las ciudades más habitables de Europa —una metrópoli en la que la clase trabajadora podía vivir a unos pasos de la Acrópolis— corre el riesgo de convertirse en otra más de las curiosidades históricas de la ciudad.